

SANTANDER.—LUNES 28 DE JUNIO DE 1886.

EL AUTOR NOVEL.

Ha escrito en sus ratos de ocio un drama, ó una comedia, ó un juguete, que para el caso lo mismo dá, y le acometen el deseo y la ambición,—por supuesto, de gloria ¿quién se acuerda del dinero al dar los primeros pasos en la literatura?—de ver representada su obra.

El pobrecillo no conoce á nadie que tenga relaciones con actores y empresarios, y en su vida ha atravesado la puerta que conduce en los teatros á los bastidores.

Si es estudiante, lee su comedia á algunos condiscípulos que le aseguran un éxito, y le ofrecen su protección, que por desgracia alcanza á poco, y si es empleado le sucede con los compañeros de oficina lo que al estudiante con los condiscípulos.

Sin embargo, todos saben que las obras, si no van acompañadas de alguna recomendación eficaz, no se deben entregar á las empresas, porque estas no hacen caso de ellas y las dejan años y años dormir el sueño de los justos en un cajón del pupitre; de modo que convienen desde luego en que es preciso que la lea el primer actor, que de seguro la haría en seguida, porque tiene un buen papel y se puede lucir.

Por fortuna, uno que estuvo hace dos temporadas en Archena y que se hizo allí muy amigo del primer actor, ofrece y dá una carta de recomendación al autor novel.

¡Y ya tenemos á Periquito hecho fraile! Aquella misma noche coge su carta y su manuscrito y se va al teatro.

Temblando de emoción, aunque disimulándola cuanto le es posible, abre la puerta de los bastidores, y atraviesa el dintel resueltamente.

No sabe á donde dirigirse—¿cómo, si se encuentra en un mundo nuevo?—y pregunta con el acento más amable al primero que cruza por el pasillo:

—¿Me hace Vd. el favor de decirme donde está el cuarto del señor Pérez?

—En el saloncillo, contesta el interrogado secamente.

—El caso es que no sé hacia donde cae el saloncillo.

—Allá, al extremo de ese corredor, añade el otro mirándole con lástima.

—Muchas gracias, y Vd. dispense.

Se detiene un poco el infeliz, sin duda para sacar fuerzas de flaqueza, y desde el extremo del corredor, donde le dijo su cicerone que estaba el saloncillo, llegan hasta él voces y gritos que denuncian una conversación animada.

Se dirige hacia allá, bien sabe Dios que no sin desechar heroicamente las tentaciones que le acometen de volverse á la calle, y llega hasta donde las palabras que se pronuncian en la habitación se oyen clara y distintamente.

Pregunta con timidez desde la puerta:—¿Se puede? No le responde nadie; pero la conversación se interrumpe como si se hubieran muerto de repente todas las personas que la sostenían. Entonces vuelve á repetir la pregunta, que de nuevo queda sin contestación.

Ya no hay remedio, han notado su presencia, y no puede retroceder. Entra en el saloncillo, sombrero en mano, y no acierta ni á dar las buenas noches.

Allí está García, el autor aplaudido de tal drama, y á su lado Fernández, que con cada obra que extrena alcanza un triunfo, y más allá Martínez, el niño mimado de las empresas, y por todas partes autores y periodistas, actores que él conoce de vista y respeta, y ante los cuales no se atreve ni á levantar los ojos. Ellos le miran con cierta curiosidad irritable que parece decir: ¿quién es y á qué viene aquí este descocado?

Nuestro autor novel se dirige á la persona que le parece que está peor vestida entre las que allí se encuentran, porque los buenos trajes infunden mucho respeto, y le dice: ¿El señor Pérez?—Ahí, contesta el desarrapado más que con la palabra con el gesto, señalando á una puertecita ó un portier.

Todavía no ha dado dos pasos el neófito cuando se le pone delante un muchachuelo que le pregunta con el mayor descaro:

—¿Dónde vá Vd?

—A hablar al Sr. Pérez.

—Se está vistiendo ¿no lo vé Vd?

—Hombre ¿cómo he de verlo? Pero no hay que incomodarse; como si lo viera!

—Si Vd. quiere darme su nombre.

—No, es inútil, no me conoce el Sr. Pérez;

pero le debo entregar una carta de un amigo suyo.

—Pues venga, y se la pasará.

—Muchas gracias.

Se vá el muchacho, y allí se queda nuestro autor más corrido que una mona, acariciando la esperanza de que se abra la tierra y le trague. Los que estaban en el saloncillo se ponen á hablar en grupos y en voz baja, mirándole de cuando en cuando, para que comprenda bien claramente que estorba.

¡Oh, qué cómodo debía ser el potro de la inquisición al lado de este tormento del saloncillo!

Al fin se presenta el introductor de embajadores y ayuda de cámara del señor Pérez, y dice á nuestro héroe, que bien merece tal nombre:

—Pase Vd.

¡Gracias á Dios! Entra sin volver la cara, para ver quién se rie de su figura, en el cuarto del primer actor, al que encuentra en paños menores, aunque con sombrero de copa y botitos de charol.

Después de los saludos de ordenanza, dice el señor Pérez:

—Me escribe el amigo Bermúdez que me trae Vd. una comedia.

—Sí, señor.

Pérez (tarareando y peinándose el bigote)

—Te llevaré á Puerto-Rico... ¿Es la primera vez que Vd. escribe?

—Sí, señor.

—En un cascarón de nuez... Bueno, pues la leeré, la leeré en cuanto pueda... Lorito real...

¡Ah! Ya sabe Vd. que tengo muchas obras.

—No, no, señor; no sabía nada.

—Pues hay muchísimos compromisos; pero eso no importa... Lorito azul... y como la de Vd. sea buena... cantando amores...

—Ya lo verá Vd.

—En el bambú... Bien; pues dése Vd. una vuelta por ahí dentro de quince días.

La despedida no puede ser más clara y terminante. El autor novel saluda respetuoso, y se retira, atravesando el saloncillo como perro con maza y sin mirar á nadie.

A los quince días justos, vuelve al teatro y pasa de nuevo por todas las humillaciones de la visita anterior, pero logra también ver á Pérez, que le recibe sorprendido.

—¿Qué se le ofrece á Vd.?—le pregunta.

—Vengo á saber si le ha gustado á Vd. mi comedia.

—¿Cuál?

—La que traje hace quince días.

—No recuerdo.

—Yo soy el recomendado de Bermúdez.

—¡Ah! Sí, es verdad... Bien, y cómo se titula la comedia de Vd.?

—Las habas verdes.

—Pues Vd. me dispense; no la he podido leer. ¡Tengo tantos ensayos! (cinco minutos de silencio.) ¿Quiere Vd. volver?... ¿Qué es hoy?

—Lunes.

—Bueno; pues ¿quiere V. volver el sábado de la semana que viene?

—Sí, señor; con mucho gusto.

Pérez, haciéndose con mucha parsimonia el lazo de la corbata;—Dícen que Sabatini pone farolitos...

El autor, marchándose sin atreverse á hacer ruido:

—Servidor de Vd.

Y llega el sábado, porque no hay fecha que no llegue, y vuelve el joven autor á visitar á Pérez.

Dá la maldita casualidad de que aquella noche hay un estreno en el teatro, y están el saloncillo y el cuarto del primer actor llenos de gente.

Sin embargo, Pérez, á quien riza el bigote el peluquero al mismo tiempo que el ayuda de cámara le saca lustre á las botas, ve á nuestro joven, le reconoce y ¡oh, dicha! le dirige la palabra:—Ya ve usted como estamos: esta noche no puedo ocuparme más que en el estreno; pero vuelva usted pasado mañana, y hablaremos.

¡Vaya! ¿Quién no espera ya un par de días? Se acerca el desenlace; al cabo vá á decidirse el destino.

Llega pasado mañana y Pérez ha leído la comedia; le gusta; se notan en ella las inexperiencias del principiante; pero cree que pasará; no será un gran éxito, eso no; está bien seguro de ello; pero no la silbarán: el asunto le encuentra un poco gastado ¡ya ve usted! un matrimonio que riñe todos los días, y que además tiene hijos; pero no importa; la verificación es correcta é inspirada á ratos, y yo tengo donde hacer, que es lo esencial.

El autor no sabe como dar las gracias. De buena gana estamparía un par de besos en los carrillos de Pérez. Al fin, cuando la emoción se lo permite, le pregunta, bajando los ojos: ¡Y para qué fecha cree usted que se podrá estrenar?

—¡Ah! Eso si que no puedo decirlo: ya le

advertí á usted que tenía muchas obras.

—Pero ¿en esta temporada...?

—Sí, de fijo... ¡Ah! El final no me gusta; tiene usted que cambiarle.

—Bueno.

—Otra observación... Yo no puedo hacer un personaje de cuarenta años....

—No hay más remedio: tiene un hijo de diez y ocho.

—¿Y eso qué importa? Póngale Vd. de trece, y hará el papel la dama joven, que está muy bien de chico, porque tiene muy buenas formas.

—Como V. guste.

—Venga Vd. por ahí de cuando en cuando á ver cuándo la podemos colar... Si es en el hombre un vicio de fumar...

Desde aquel día ya entra el autor novel en el saloncillo por derecho propio. Los autores aplaudidos ya no se le rien en sus barbas desde que saben que tiene una comedia admitida; pero constantemente le están fustigando con su propia insignificancia. Hablan entre sí, pero de modo que se entere el neófito, y siempre es la misma la conversación.

—La empresa Z... me ha pedido una obra; pero no se la pienso hacer, porque no va nadie á su teatro.

—Hombre, he tenido carta del cómico X, que está en Barcelona; dice que estrenó mi comedia y que fué un escándalo.

—A mí me ha escrito M... que vaya á Valencia al estreno de la mía; porque aquel público desea hacerme una ovación; pero, chico, estoy de gloria hasta la coronilla.

—Como los envidia el catecúmeno! ¡Cuándo se podrá dar él un atracón de gloria?

Pasan los días y pasan los meses y la comedia lleva trazas de no colarse nunca. Pérez saluda muy fino al autor novel; pero jamás le habla una palabra de su obra. Al fin, viendo que vá á empezar el mes de Marzo, se atreve éste un día á interpellarle.

—Ya ha visto Vd., contesta Pérez, cómo ha venido el trabajo: ahora es la época de los beneficios, y ya no le conviene á Vd. estrenar: lo mejor es que deje Vd. la obra para la temporada que viene.

La deja ¿qué remedio? porque no quiere volver á empezar con otro actor, que seguramente le haría pasar las mismas agonías que Pérez.

Y llega también la temporada siguiente, y suponiendo que Pérez esté contratado en Madrid, y en el mismo teatro, que es el caso más favorable para nuestro héroe, aún no habrán concluido sus tribulaciones.

Apenas se ha inaugurado el teatro, honra con su visita al primer actor.

—Amigo mio, ¿cómo le ha ido á Vd. por provincias?

—Perfectamente; pero no tengo el gusto...

—¿Cómo? Soy el autor de Las habas verdes.

—¡Las habas verdes! ¿Y qué es eso?

—Una comedia que entregué á Vd. el año pasado.

—¡Ah! Vamos, y que yo no leí.

—Sí; al menos Vd. me dijo que la había leído y que le gustaba mucho.

—Pues si me gustaba, ¿por qué no la hice?

—Hombre, me parece á mí que eso soy yo el que se lo debo preguntar á Vd.

—Bueno, pues en mi casa estará; la buscaré, y la leeré de nuevo... Cuando en las noches del estío...

Escenas parecidas á las relatadas se repiten todavía una porción de veces. Al fin, ó el autor novel se cansa y se olvida de la obra y se va á defender pleitos ó á abrir una barbería, ó tiene la fortuna de ver un día su comedia sacada de papales, al año y medio de haberla llevado al teatro.

Viene entonces el reparto... del que no se debe hablar en este sitio, porque ya le llegará el turno.

Y la comedia se estrena, y se silba ó se aplaude; en el primer caso ya puede el autor irse á la calle y no volver á poner los pies entre bastidores, porque siempre será allí dentro uno á quien dieron una patada, y no le saludará ni el segundo apunte: en el segundo, sobre todo si el éxito es grande, el catecúmeno, obsequiado por empresa y actores, pasará de un golpe á la anhelada categoría de autor de la casa, y tendrá ya voz y voto en el saloncillo.

¡Ah! Y tuteará á Pérez.

Claro que he referido lo que ocurre generalmente. Solo los muchachos ricos por su casa y los periodistas se libran de este terrible aprendizaje. En cambio hay autores noveles que no consiguen jamás que se lean sus obras, y hay, ó por lo menos ha habido, otros, más desgraciados todavía, que han visto representar sus comedias, que dejaron

en el teatro, con títulos y firmas bien distintos de los que llevaban al nacer.

Ni lo uno ni lo otro suele suceder, por fortuna, en la actualidad. Puede costar á Marcos Zapata, por ejemplo, dos años de antepasas y de humillaciones el que le estrenen El anillo de hierro; pero lo cierto es que hoy se representa todo trabajo que merece la pena de que el público le vea y juzgue.

Los primeros actores tardan, pero, al cabo, leen todas las comedias que se les entregan.

Parece que antiguamente no había esa costumbre, y por no haberla avergonzó en cierta ocasión al eminente actor D. Julián Romea un autor novel.

Dícese que era este muy posma y pegajoso y que siempre andaba tras el otro con la conocida pregunta de: ¿Ha leído usted mi comedia? Antojósele á D. Julián que sería mala, y, decidiendo quitarse de encima al moscón, le habló un día en estos términos: Amigo, he leído la obra y me parece muy buena, pero no la puedo estrenar con esta compañía porque no cuento con una dama bastante inteligente.

—El que la estrene usted ó no, importa poco, contestóle el autor, yo lo que deseo es que usted me dé su opinión acerca de la obra.

—Ya le he dicho á usted que me parece magnífica.

—Es que hay quien opina que la situación del segundo acto, la de los carneros, es muy peligrosa.

—No lo crea usted, dijo Romea inmediatamente, es un poquito atrevida, eso sí; pero está bien justificada.

—Pues, Sr. D. Julián, siento mucho decir á usted que en mi comedia no hay tales carneros.

S. de Trasmiera.

FIESE V. DE APARIENCIAS,

EL POETA CHASQUEADO.

(HISTORIA NO MONTAÑESA.)

Desde que, paseando una tarde por el Sardinero, vió Fernando á las forasteras aparearse de una casa á la puerta del Hotel de París, comprendió ya—según él me ha contado—que iba á adorar á la más joven de las tres, de la cual empezando á distraerle la atención el traje, más claro que el de las otras viajeras, atósele para siempre, luego que se hubo acercado, el rostro interesantísimo y más pálido también que los otros dos.

Días andando, supo mi amigo que la niña se llamaba Blanca.

Imagínese la hora á que la veía, al anochechar de un día de Junio, caluroso hasta poco antes y fresco desde hacía un momento; sígase á esto el imaginar el sitio, el melancólico Sardinero, casi desierto todavía, lleno de sollozos del mar y de tristezas del viento, del constante venir de las olas que con su ruido incessante parecían llevar á cabo, allá en su hondura recóndita, alguna obra de reforma ó mejora de sus caminos, como arriba lo hacían con los de tierra, y apisonaban la grava nueva, numerosos obreros; apréciense también las circunstancias que rodeaban á las futuras bañistas, y de las que Fernando había deducido que venían de viaje, y por primera vez al Sardinero; léase en el párrafo de abajo cómo era y de qué pasta estaba hecho el solitario paseante, y se formará idea de la impresión que el afortunado encuentro le produjo.

Que él era algo poeta, es innegable; que era menos poeta de lo que él creía, lo aseguraban muchos. A ve de alas cortas, servíale sólo para embalarle el paso, no para levantarle hasta los cielos con que él soñaba. Le eran peso y no le eran auxilio, resultando condenado, como tantos otros, á vivir siempre entre dos iras, entre el desdén que le inspiraban los de abajo y la envidia impotente que sentía por los de arriba.

Andaba siempre huraño y tristán, y obligado á habitar en lo que él llamaba los estrechos límites de la montaña natal, atribuía inconsideradamente al medio en que vivía lo que no eran sino extremos suyos.

De modo es que todo lo que venía de afuera tenía, por sólo este mérito, ganados de antemano la voluntad y el deseo.

En materia de amorios y mujeres era donde, sobre todo, echaba él de menos muchas cosas de que, á su decir, carecían sus paisanas, las cuales no le comprendían. Y era que, desdeñado decirles las cosas á la buena de Dios y como los demás mortales que se enamoraban, no se atrevía, sin embargo, á contar á las muchachas todas aquellas sutilezas

que muy á menudo se le ocurrían, pues incapaz de hacérselas entender vistiéndoles una forma familiar y sencilla, le asaltaba un fundadísimo miedo de aparecer pedante é insoportable. Él no quería andar á la pata la llana, pero temía andar á la pita la coja, que es mucho más ridículo. En fin, que lo que quería era volar, y ya hemos dicho que no estaba bien de alas.

Precisamente esta tarde del encuentro con las forasteras ponía fin á uno de los días más oscuros y aburridos de nuestro hombre, á una de las más reñidas acciones de la eterna guerra que en él sostenían sus múltiples insuficiencias.

La familia que en tan prematuros días se aparecía á veranear, compuesta de una dama anciana y dos señoritas, sus hijas, la menor de las cuales era, según sabemos, Blanca, tenía en Santander parientes, y por su mediación pudo á los pocos días Fernando, con ocasión de un baile en el Casino, entablar relaciones con aquellas señoras.

Dedicóse desde luego á enamorar á Blanca, tarea á que por igual le impulsaban su naciente afición á la poética niña y el deseo de mortificar á las hermosuras santanderinas, haciéndoles ver que no era él extraño ni incapaz del trato con las damas y que solo la falta de un objeto digno de sus galanterías le mantenía retraído y alejado de ellas.

Creía muy de veras que cuantas niñas bullían por aquella sala del Casino ó curioseaban las otras noches en la Plaza de la Libertad, no atendían sino á ver lo que él hacía y en qué pasos andaba.

Su puesto de honor fué, pues, desde aquel momento el lado de Blanca, el cual ya no dejaba en todo el día desde aquel en que, por ineludible ley de educación, hubieron las señoras de ofrecerle su habitación veraniega. Con ellas entraba al concierto; con Blanca y con su hermana bailaba únicamente á la hora de la danza; acompañadas de él aparecieron en los paseos y en las iglesias de la ciudad, y con él, en fin, acudieron á abrir y á cerrar la Exposición de ganados, probaron suerte en las venales rifas de la feria, presenciaron, bostezando, los fuegos artificiales de Muelle y asistieron á una de las corridas de toros.

Peró nunca acababa de decirsele; nunca le parecía que estaba bastante preparado el terreno. ¡Había que tener tan en cuenta la discreción de la muchacha, su pasión por lo misterioso y lo no definido, la altísima calidad poética de aquel espíritu!

Porque aquella mujer era lo que él no se atrevió jamás á soñar. ¡Qué distancia entre ella y las antiguas conocidas!... De todo se podía hablar con ella, porque de todo entendía y, como alma superior que era, hallaba interés en todo. ¡Cuánto debía haber leído, y qué bien y que sin afectación lo demostraba! Hasta sus geniales equivocaciones y sus herejías cronológicas y de otras varias especies tenían una gracia singular....

Un día hablaron de libros, y como ella se lamentase de que en su abreviado equipaje de verano, terminado además con gran precipitación, no hubieran cabido algunos de sus volúmenes favoritos, Fernando le ofreció con la mayor alegría toda su pequeña biblioteca. Lo malo era que casi todo se lo tenía leído Blanca.

El único á quien no conocía de los autores que Fernando decía tener, era Becquer.... Imposible le parecía esto á aquel medio-poeta. ¿Cómo no había leído aquello, ella que pudiera haber escrito aquellas mismas Rimas y muchos de aquellos fantásticos cuentos? ¿No era un crimen?

Peró él se los llevaría á la mañana siguiente. ¡Qué dicha la suya!

Compraría un ejemplar nuevo: el suyo acusaba haber prodigado mucho el deleite de su lectura, y la mujer exige la pulcritud y el acicalamiento en todo. Nunca podrá ser bibliófila.

A Fernando le pareció indispensable no solo enviar á la hermosa lectora el libro nuevo, sino también encuadernado; pero ¿quién hacía en Santander una encuadernación elegante, que no formara contraste con las aristocráticas manos en que iba á ser puesta?

Al fin se resignó á enviárselo en rústica, pues no había tiempo de remitirle á Madrid á que Menard concluyese un arreo digno de aquel peregrino cuerpo en que palpataba el alma del gran poeta sevillano.

¡Con qué febril impaciencia aguardaba el pobre amante á que Blanca terminase la lectura! A Becquer había él confiado la misión de concluir en la imaginación de la forastera ciertos cuadros que él había solo comenzado á dibujar. El libro le diría muchas cosas que

el amante no se había atrevido á decir. Al aprenderla ella á leer en los ojos de su amigo, ahorrando á este gran parte del camino. El poeta, en fin, se *declararía* por él, ó le ayudaría, al menos, eficazmente.

En todo ello meditaba una mañana de las primeras de Setiembre, cuando fué interrumpido por un criado de las señoras que con la mayor llaneza, según era en él costumbre, habiase entrado sin más aviso hasta la habitación, y que le traía de parte de sus amas un paquete cuidadosamente atado, sobre el que aparecía sujeta por las cintas una tarjeta.

En ella le anunciaba la señora que por un motivo imprevisto se veían precisadas á salir para Madrid en el correo de aquella tarde.

El paquete le formaban los dos tomos de Becquer, que á su dueño devolvía Blanca.

Una idea le ocurrió á Fernando en aquel momento... Esas madrileñas son el diablo... ¿vendría algo dentro del libro?

Y sí que venía. Así que hubo mi hombre deshecho el lio, se halló con que ninguno de los tomos tenía cortadas las hojas. En seguida cayó en que no habían sido leídos. Y distraído abrió uno de ellos por la primera página, la cual apareció ilustrada con tres hermosas calcomanías, sacadas con el mayor pulso y limpieza que para sí pudo desear el más pulcro estudiante de Humanidades. La hoja venía además almenada en su borde, hecha á habilísima tijera.

Sin embargo, la discreta niña no había extremado sus rigores, y con objeto, sin duda, de ahorrar al autor del libro, que allí aparecía retratado, el espectáculo de aquellas atrocidades, había puesto sobre los ojos unas antiparras negras y echádole sobre la frente un gracioso gorro de borlas y con *higo*.

CASA-AJENA.

UN FILON INAGOTABLE.

(A CERILLA.)

Cuando me dijeron que hacías revistas de toros, dije para mi camiseta interior:—¡Cuerno! se me figura que á esa cabeza le falta algo.

Después me enteré, con verdadero dolor porque te encontraba simpático y digno de mejor suerte, de que además de hacer revistas de aquella chulesca clase, eras inteligente de veras, una de nuestras ilustraciones más distinguidas entre esos afortunados que se llevan todo el arte entre pitón y pitón—que dirías tú mismo—sin que ello perjudicara para nada á esa otra carga arbrudadora del Fuero Juzgo, las Siete Partidas y el Digesto, y otras sabidurías igualmente indigestas con las que tenéis que rellenar la mollera los que después servís para algo en el mundo.

Yo sabía que eras tú muy capaz de lancear con navarras á una *miura*, sirviéndote de la misma bata de casa que el propio día envolvió tu cuerpo sandunguero, ocupado en la honrosa labor de arrancarle una víctima al verdugo. Pero con estos antecedentes y todo, no había llegado á creer en situación de desbarrar como desbarraste el lunes último en aquel artículo echando pestes contra el periodismo y la vida del periodista. Cómo podía yo creer que viéndote así, tu familia, que es tan buena, te dejase andar suelto por las calles!

Porque no hay remedio, tú debes estar muy malo; tú debes haber sufrido alguno de esos rasponazos que en un sér como tú son infalible causa de incendio.

Has querido suponer que la Redacción de un periódico y la Casa de Caridad son dos cosas distintas y una sola miseria verdadera—¡cómo andarás de la cabeza!—y llegaste á asegurar que aquí se nos alarga el hocio en cuanto vemos entrar por la puerta un prógimo fumando. ¡Pero á quién se lo cuentas!... ¿A mí, que he visto más de una vez mi cena en peligro y confirmada en tu apetito la opinión de que guiso como el de mi ternera no le guisan en cualquier figón de tres al cuarto?

Encuanto á lo de los cigarras, nadie te hará caso, por más que vociferes, porque sabido es que esos son bienes de aprovechamiento común y nada tiene de extraño que todos nos consideremos con derecho á alguna participación en la petaca del que tales lujos se permite... Y á propósito de *cerillas*, tú dirás lo que quieras; pero todavía no te han quemado á tí, y eso prueba que, por lo menos, hay conciencia en las Redacciones de los periódicos.

Igualmente son inexactas tus afirmaciones respecto á las amarguras de nuestra labor diaria (de por las noches) como lo son esos supuestos quebraderos de cabeza para decir que bajó un cuerpo al hoyo y subió un alma al cielo—caso que todavía ocurre, con lo malo que está todo—ó para dar la noticia fausta de algún fausto suceso cuando á la vecina le ocurre convertir al novio en marido de lidia, que también dirías tú, porque estas comparaciones á manera de mugidos, á tu especialidad corresponden—sí, ya casada, le

sucede salir de su cuidado con toda la felicidad que para tí deseo.

No te diré yo que los periodistas naden precisamente en la abundancia, ni siquiera en el Sardinero por no tener pantorrillas que enseñar al público curioso; pero tienen su filón que explotar con poco trabajo y mediano provecho, libre la mollera de esas fatigosas batallas que has querido imaginar en busca de adjetivos que no hay para qué perseguir porque se los encuentran hechos y encajados en la frase propia del caso, con los puntos puestos sobre las *ies* y las *haches* bien repartidas, que no es poco; con lo que no tienen que atenerse solamente á llamar joven á un cadáver—embustero—sinó que le llaman primeramente *distinguido*, mote que cuadrará bien á toda índole de personas y de sucesos y que tan justo le viene al sastre de nuestro abuso particular como al bandolero saca-mantecas, y al gran señor como á la dama cuyo exquisito trato y no menos exquisita hermosura celebra el periodista sin atreverse á saludarla en la calle, por el pueril temor de que se haga la desconocida, que más negras ingratitudes se han visto.

Al hacer tú aquella relación de torturas y estrecheces, resumen de la vida del periodista, olvidaste la existencia de ese adjetivo verbal, *distinguido*; y olvidaste que la vanidad es achaque secular del género humano. ¡Dios la bendiga! Y raro es que lo olvidases viendo todos los días gente que anda por ahí agachándose á cada rato por miedo de tropezar, en su excelsitud, con los faroles del alumbrado público.

La vanidad, ese pecado original sin bautismo, ha simplificado mucho el oficio, amigo *Cerilla*; y el periodista no tiene más que hacer sinó comenzar hablando de la enfermedad de su distinguido director, ó de su interesante señora, si á tal estado llega, seguir con la reunión de las distinguidas señoritas de Soplillo, que reciben los viernes, y proseguir con el traspies que dió, sobre un adoquín mal puesto, un caballero distinguido que fué á meter la cabeza en el escaparate de un distinguido industrial cuya distinguida esposa fué víctima de un ataque á la cabeza al ver la de un hombre que se le metía en casa de tan brusca manera.—Ni el inmediato auxilio del distinguido doctor Matachin logró salvarla.

Y no me digas que exajero, porque á tal punto hemos llegado que, á Dios gracias, sobran distinciones para todo el mundo y no hay bicho viviente que no tenga la suya recortada de un periódico. Hasta yo mismo guardo como oro en paño mi patente, en un número de *El Rebusno*, que me puso el mote por haber puesto yo una pica en Flandes una vez que leí, con vigorosa entonación, unos versos de un amigo, distinguido poeta de nacimiento, joven él y primerizo; unos versos llenos de promesas para el porvenir y de ripios para el presente, versos que yo recuerdo con orgullo porque nadie me quitará la gloria de haber contribuido á la revelación de aquel genio, que hoy ha llegado á alférez de caballería mayor en situación de reemplazo.

No sé qué clase de periodista eres tú que te imaginas al redactor de un periódico sentado enfrente de sus cuartillas, clavando las uñas en la cabeza y los dientes en el mango de la pluma, y rumiando cada frase media hora para sacarla muy pulidita y muy exacta.

Yo de mí se decir que no me he parado en tales pequeñeces desde que ando metido en prensa, ni me ha ocurrido dar crédito á esa creencia vulgar de que ella es la palanca de la civilización y el cuarto poder del estado: antes bien creo que hay que contar el entresuelo, con lo que nos resultaría el quinto por lo menos,—con corta diferencia un incensario de fácil manejo y de no pequeño beneficio si á mano viene.

Todo nos lo dan hecho; así que no hay que creer tampoco que tengamos que andar averiguando lo que no nos importa y trasnochando con la cuerda del regente al pescuezo, para servir diariamente á los lectores las noticias frescas y acabaditas de *sacar*, que les valgan de aperitivo para embaular esa porquería que ha venido á reemplazar al antiguo chocolate, ó bien para hacer menos pesadas, si el lector es empleado, las horas de oficina.

Hoy mismo, para dedicarte estas discretas observaciones, tengo que dejar en cartera media docena de sueltos, escritos con más ó menos soltura, enviados con apremiantes cartas por amigos y suscritores á quienes no podía faltar, sobre todo á nuestro asiduo y distinguido colaborador D. Ruperto, que todos los días tiene algo que mandarnos y nosotros tantas cosas que agradecerle.

Me detuvo esta mañana en la Plaza Vieja, en ocasión de ir yo de prisa porque acababa de saber que estaban curando una descalabrada á un infeliz, en la botica de Socorro.—Muy de prisa va V.; ¿ocurre algo?—me dijo sujetándome por entrambas solapas, de modo que no le había de escapar sin dejar algún girón entre sus uñas.

—Nada sé, D. Ruperto. Voy corriendo ahí, que creo que á uno le han roto el alma.

—Vengo de allá; no ha sido cosa... ¿Y Vd. qué vida?

—Pues ya puede V. ver. Y V. tan famoso ¿eh?

—No fuera malo. Tengo mal la mujer, y el chiquillo... ya vé V., con las grietas que le han salido en los pechos...

—¿Al chiquillo?

—No; á la madre. Y luego yo, unas jaquecas... que no me dejan vivir esos condenados chicos del tercero; van á acabar conmigo y con mi mujer.

—Lo siento mucho, hombre. Adiós, y que Vds. se alivien.

—Aguarde V.; me convendría que V. dijese algo en el periódico.

—¿De las grietas de la señora?

—No, hombre; de los chicos del tercero. Bajen las escaleras saltando de diez en diez.

—¿De diez en diez chicos? ¡Qué barbaridad!

—No; de diez en diez escaleras. Parecen un regimiento de caballería.

—Bien; ya veremos. Hasta luego.

—Aguarde V. Le mandaré un sueltito á ver si se corrigen.

—Bueno; mande V. lo que quiera.

—Diremos... ¿Le parece á V.?

—Lo que á V. le parezca. Adiós, adiós.

Y en efecto, aquí me he encontrado, entre otros, el suelto de D. Ruperto, que dice así:

«Un distinguido amigo nuestro, cuya distinguida señora...» Y lo demás del diálogo.

Del cual te hago gracia porque ya lo has de ver otro día, ó D. Ruperto ha dejado de ser posma, cosa tan difícil que á milagro habría que tener el que ocurriera, porque cuan- to una vez se le ha tomado el gusto á eso de escribir en los papeles públicos, más fácil es arrancarle un alma al diablo que de la mano al sueltista la escarbadora pluma con que revuelve sus cosas y las del vecino que la suerte le depara, no menos desdichado que aquellos á quienes halla á mano para leerles la obra de sus trasadores, porque él se mete el periódico en el bolsillo, sale á caza de auditorio y ni uno se le escapa.

Ya ves tú si con estas gangas que á cada hora se encuentra el periodista, puede quejarse de su suerte y dejar de bendecirla aún en medio de las contrariedades que el oficio tiene, que al fin y al cabo oficio de hombres es y más que orégano hay en el monte.

Por lo general, la tarea del que anda metido en papeles, no demanda derroches de ingenio ni habilidad mayor que la que requiere una distribución equitativa de sahumerios que le conquistaban de cuando en cuando la codiciada sonrisa del ricacho y el saludo casi respetuoso de los guardias municipales, de punto, todo lo cual contribuye á su prestigio presente y constituye para la vejez una serie de recuerdos de gloria y poderío que bien manejados pueden á ratos hacerle olvidar el reuma de las piernas y los vahidos de la cabeza, reliquias de las vigiliadas de una juventud tan de color de rosa.

Eso si el periodista no se mete en política y acaba sus gloriosos días de un trunfazo electoral, conquistado por virtud del sufragio, con lo que entonces las cien mil lenguas de papel cantan su elogio pagándole con creces todas las distinciones que ha prodigado y que no dejarán de servirle de recomendación para el otro mundo, donde por fin encontrará justicia, no lo dudes, porque yo tengo entendido que el juicio final es cosa más seria todavía que los juicios de los desjuiciados que formamos en este agosto tribunal de la prensa.

Porque ya habrás visto que á mí también me da el naípe por esto de las letras.

Y si no, allá vá una que te sirva de guía para llegar á las de mis bigotes y darme lo que merezca.

A.

EXPOSICIÓN EXPUESTA.

En un ilustrado diario de esta localidad acabo de leer el programa de las fiestas que en ella han de verificarse desde el 24 del inmediato mes de Julio hasta el 8 inclusive del mes que ha hecho y está haciendo suyo Camacho.

El programa es casi idéntico á los de los años anteriores, con la sola diferencia de introducirse en él, á guisa ó modo de festajo, la distribución de premios á los niños de ambos sexos, que por su aplicación los hayan obtenido en las escuelas públicas de la ciudad.

¡Y, vive Dios, que por más que el pensamiento sea digno de loa, por cuanto que todo aquello que tienda á recompensar los trabajos y progresos de la actividad intelectual no puede menos de merecer las simpatías de todos, vive Dios, repito—y Vds. perdonen la repetición y el juramento—que se me antoja ridículo y hasta un si es no es presuntuoso ofrecer á los forasteros que nos honren con su visita, como uno de tantos espectáculos de entretenimiento, el de llevar en

procesión por calles y por plazas á un número determinado de niños y conducirlos al mismo local donde anteriormente se han hallado expuestos distintos ejemplares de la raza vacuna, que también han sido paseados llenos de cintajos y flores por los parajes más céntricos y concurridos de la población!

Ya me figuro estar oyendo los siguientes diálogos:

—Mi enhorabuena.

—Muchas gracias.

—Oye, tú, ¿por qué le das la enhorabuena á ese?

—Ese es uno de los ganaderos de más nombre en la Montaña, y padre de uno de los chicos más aplicados de la ciudad.

—Bueno, ¿y qué?

—Que ha presentado un magnífico toro y ha obtenido dos premios.

—Vamos, sí; ¿era un toro que valía por dos?

—¡No, hombre! Es que han salido premiados el toro y el chico.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—A la Exposición. Manolo se ha llevado un premio.

—¿Manolo? ¿En qué clase?

—En la clase de cerdos. Es uno de los tostonos más hermosos de la provincia.

Y á este tener, otros muchos casos que se dejan á la perspicacia de los lectores... perspicacias.

Salvando, pues, la buena intención de los patrocinadores de la idea, creo que no se debe exponer á la niñez á ser objeto de sarcásticas burlas.

La instrucción ha de tener sus casas, á semejanza de aquella de la Sabiduría de que nos habla Salomón, así como la industria, el comercio y la agricultura tienen centros propios y peculiares para su fomento y desarrollo.

Repartir en la Exposición de ganados premios de enseñanza, es, á mi corto juicio, una de las más churriguerecas modas traídas de pueblos frívolos y vanidosos que se pagan mejor de ostentosas manifestaciones que de la esencia misma de las cosas.

Y si no basta lo dicho, téngase en cuenta, al menos, que mañana algunos de esos niños llegarán á ser hombres, y hasta maridos inclusive, y entonces no les hará maldita la gracia haber obtenido sus primeros premios en la Exposición de ganados.

C. DE N.

STANLEY.

(Conclusión.)

Después de aguardar un cuarto de hora, que sin duda se emplearía en hacer la *toilette* de la enferma y arreglar la habitación, aquel importuno consiguió su objeto.

La madre de Stanley, de edad de sesenta y cuatro años, tenía una palidez que asustaba; pero eso mismo hacía que resaltasen más sus hermosos ojos grises, su frente pura é inteligente, la expresión de bondad que resplandecía en todo su rostro. Después de pedirle algunas excusas, me dijo que hacía veintitres semanas que estaba en cama.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á Stanley?—le pregunté.

—Desde el mes de Octubre de 1884. Le vi en Manchester cuando dió las conferencias en el mercado del Libre Cambio; pero me ha escrito después, en 1885.

—¿Y cuánto tiempo hace que no ha venido aquí?

—Desde Navidad de 1870, á su regreso de Abisinia. Entonces no pasó más que una semana con nosotros, pero yo le había visto ya desde que llegó á Londres. Yo sabía que había marchado á la Abisinia, aunque ignoraba en qué clase. Un día, nos llegó un despacho á Denbigh, donde entonces vivíamos, y era de John, (la buena señora decía unas veces *John* y otras *Stanley*) rogándonos que fuésemos sin tardanza á verle á Londres. Como acabábamos de pagar la patente (por la posada de Cross-Foxes), no nos quedaba más que el dinero de la renta, y no sabía qué hacer, porque tenía grandes deseos de ver á mi hijo. Cuando entró mi marido le enseñé el despacho, y él me dijo:—«Coge el dinero de la renta y vete.» En esto mi hija Emma (hermana uterina de Stanley) que estaba casada en Rhyll—ya ha muerto—llega á nuestra casa y me enseña otro telegrama semejante al mío, rogándole igualmente que fuese á Londres.

Partimos, pues, anunciándolo por telégra-

fo... Recuerdo que, conversando en el tren, dije á una señora que estaba á mi lado que iba á Londres á ver á mi hijo que regresaba de Abisinia.

—¿Y está en el ejército? me preguntó. Yo le respondí que no sabía qué había ido á hacer mi hijo en Abisinia. En seguida la señora cambió de sitio, yéndose al otro extremo del wagón, y no volvió á dirigirme la palabra... Llegamos á Londres, y en el muelle distinguo á mi John vestido como un príncipe: llevaba un abrigo forrado de pieles, un sombrero alto, y fumaba un cigarro. Con la más viva emoción púseme á gritar: ¡John!... ¡John!... ¡John!... Entonces se dirigió á mí, me cogió en brazos y me dió cien besos...

A este recuerdo, la pobre mujer, se echó á llorar, y por algunos instantes no pudo proseguir. Al fin reanudó su relato:—Hizonos subir en un *cab* y nos llevó al Castle-and-Falcon-Hotel, cerca de San Martín el Grande. El vivía enfrente, en el Queen's-Hotel. Al llegar ví en el vestíbulo unos personajes vestidos de negro, como clérigos, y pregunté á mi hijo qué eran. Me dijo que camareros. Stanley comió con nosotros; después nos dejó, recomendando que nos alojáramos bien... Nos hacen subir una escalera de mármol y nos introducen en un departamento tan hermoso, que yo no quería dar crédito á mis ojos. Toda la noche estuve pensando: ¿Dios mío, cuánto vá á costar esto? Preciso es que mi hijo se haya vuelto loco para ocurrirsele traernos á un hotel tan lujoso. Me era imposible dormir, porque pensaba en la brecha que todo aquello tenía que hacer en el dinero de la renta... Pero á la mañana siguiente llegó una carta para mí, con el nombre de Stanley impreso en una esquina del sobre. Contenía un billete de cinco libras y cuatro palabras diciéndonos que fuéramos al Palacio de Cristal. Emma y yo pasamos allí el día. Por la noche vino á buscarnos John y nos llevó al teatro, á un *cuartito* que le costó dos guineas. Nosotras estuvimos sentadas delante y él en el fondo: yo noté que todo el mundo nos miraba con largos anteojos. Al día siguiente por la mañana nos trajo un mandadero un bolsillo lleno de monedas de oro, que al principio tomé yo por pedazos de cobre...

Madre é hijo volvieron á verse otras varias veces durante la estancia de éste en Inglaterra. Hasta en una ocasión, habiéndose visto obligado á salir de pronto para París, Stanley llevó consigo á su madre y á su hermana, y las tuvo varios días en su compañía en el Gran-Hotel. Después se fué á Madrid y de allí salió en busca de Livingstone, diciendo á su madre: «Me voy á acometer una empresa que admirará al mundo si sale bien, y que honrará el nombre de vuestro hijo.»—Y así lo ha hecho!... decía la pobre, brillándole el orgullo en los ojos.

Después de esa expedición, Mr. Stanley volvió directamente á Inglaterra, donde se le recibió con los honores dignos del inmenso servicio que acababa de prestar á la ciencia y á la civilización. Pero convertido en hombre célebre, materialmente agobiado por la curiosidad de la prensa y de los impertinentes, condenado en virtud de sus compromisos con el *New-York Herald* á permanecer en su papel de *yankee*, se vió obligado á guardar más reserva en sus relaciones con su madre, y solo la recibió en particular, ya que no en secreto. De ahí nació en los demás individuos de la familia una irritación que se manifestó á veces en escenas enojosas: acusábasele de que se avergonzaba de su madre y de su patria, sin comprender las exigencias de su situación, y hasta en las tabernas del principado de Gales se hablaba de él como de un renegado ó un traidor.

Uno de sus hermanos de madre, empleado hoy en la estación de Rhyll, y uno de sus primos, ya difunto, se presentaron una tarde, bebidos, á verle en el Langham-Hotel, invocando á gritos su parentesco. Stanley tuvo que arrojarlos á la calle, revólver en mano. Su padastro, Mr. Jones, tomaba las cosas con menos calor, y le sometía á su consideración tres razones «de humanidad, de honor y de buen sentido» para que declarase que era su hijastro y súbdito fiel de la reina Victoria. Stanley respondía invariablemente:

—No puedo hacerlo.

Muerta su hermana Emma y últimamente su madre, se encuentra desligado de los únicos lazos que le unían á la Gran Bretaña. Hoy más que nunca se considera, sin duda, como ciudadano americano—á menos que, identificándose con la nación que sueña en fundar en el corazón del Africa, no se considere ya como ciudadano del Estado libre del Congo.

Sea lo que fuere, hé ahí explicados por su biografía el hombre y su carácter. Su aparente dureza, su profunda melancolía, la corenta de indiferencia que opone á la turba, y su aire algo misterioso son, quizás, el fruto natural de los dolores de una infancia cruel y triste.

X.